



EL MUSEO UNIVERSAL.

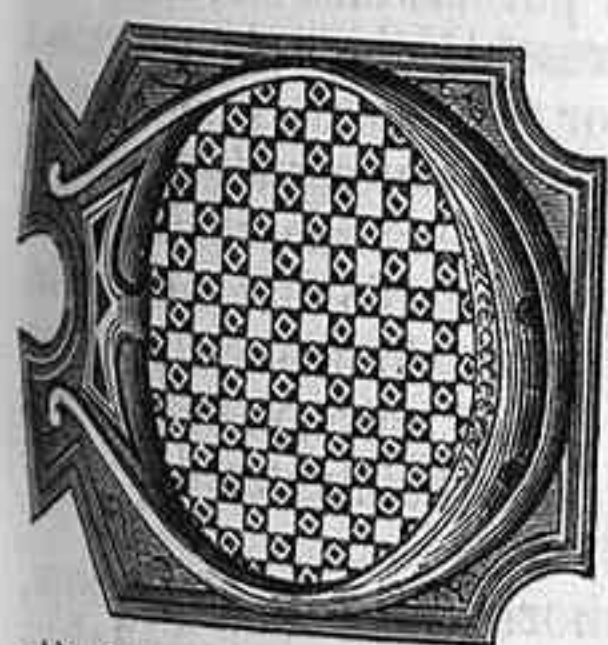
NÚM. 26. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 30 DE JUNIO DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



entro de breves dias, segun anuncian los periódicos, se va á sacar á pública subasta la construcción de cuarenta y seis mil fusiles rayados, amen de las treinta y seis mil carabinas encargadas al extranjero, y en cuya construcción se adelanta considerablemente. El gobierno quiere que en todo lo que resta de año tengamos disponibles como cosa de unos trescientos mil fusiles de todos tamaños y clases, quinientos cañones rayados de batería y otras muchas piezas para los diferentes servicios. No tenemos que dar nuestra opinion sobre el asunto, sino solo referir el hecho, y el hecho es que en el año que viene, si queremos matarnos, ya unos con otros, ya con algun prójimo de fuera, no ha de quedar por falta de instrumentos.

Segun se van poniendo las cosas tal vez el año que viene trescientos mil fusiles sean poco. El Austria tiene hoy sobre las armas cerca de setecientos mil hombres; Francia mas de quinientos mil; Rusia cuenta con un ejército mayor que el de Jerjes que reunia un millon de hombres; en Prusia todo el mundo es soldado; cada año va creciendo en todas partes el personal y el material de la guerra, no obstante que en el dia estamos en plena paz; y si hoy en plena paz la Europa tiene en general y cada nacion en particular un ejército mayor que cuando ardian en crueles guerras á principios y mediados del siglo ¿qué será si la guerra estalla de nuevo? El problema difícil vendrá despues: el soldado es un ser muy necesario para la guerra y muy útil para la defensa de un país; pero no mantiene, sino que por el contrario es mantenido; no produce, sino que al contrario consume; ahora bien, el problema que habrá que resolver es: cuando todos seamos soldados ¿quién nos va á mantener? No quedando sino las mujeres disponibles para todos los oficios, artes y profesiones, habrá que entregar en sus manos la agricultura, la industria y el comercio. Veremos trasformada la sociedad

en un momento: en una calle leeremos en letras gordas á la puerta de un establecimiento: *Vino de la propia cosechera*: en otra *Doña Juana Fernandez, se encarga de demoler casas y fabricarlas de nuevo por un módico precio*: *Doña Lucia Pertierra, materialista, fabrica ladrillos, tejas y baldosas*: *Blasa Martin, se hierra á fuego y en frio*: *De la posada de doña Tecla Zorongo salen las galeras de la acreditada Petra Faltriqueiras*, ordinaria de Trujillo, Badajoz y sus inmediaciones: Almacen de chacós y gorras de campaña de *Vicenta Cabezones*, proveedora del regimiento núm. 897 de línea: *Dolores Cosío*, sastra del 234 de cazadores, especialidad en ponchos y bombachos. Los periódicos, que serán tambien redactados, compuestos, tirados y repartidos por mujeres, anunciarán que las insignes escritoras públicas *Doña Eulalia Afanes* y *doña Concha Placeres*, despues de haberse llenado mutuamente de desvergüenzas, han tenido esplicaciones en el terreno del honor. De esta manera los correos serán correas; no habrá carteros sino carteras; en vez de consejos tendremos consejas, en lugar de serenos serenas; los canteros serán canteras y los corredores corredoras.

Mientras llega este tiempo, lo mejor es hacer lo que los quintos: divertirse sacando á lucir la bandurria hasta que llegue la hora de cargar con el chopo y la mochila. El tiempo convida; los dias están serenos y las noches frescas; las veladas de San Juan y de San Pedro se han celebrado en toda España con una animacion extraordinaria. Alguna que otra puñalada ha venido, en Madrid principalmente, á poner fin á la diversion; pero el año que viene ya se habrá olvidado, y esos fines de fiesta pocas veces se pueden remediar.

Hoy se celebra en Madrid otra solemnidad, como dia señalado para la presentacion pública y solemne de la infanta recién nacida en el templo de Atocha. La iglesia está decorada con el mayor lujo y la córte trata de lucir toda su pompa.

Noticias de Roma presentan la salud de Su Santidad en muy mal estado. El Papa, que tiene ya una edad avanzada y cuya salud debe de haberse resentido á causa de los disgustos porque viene pasando desde 1849, padece ataques de epilepsia que en poco tiempo se han renovado de una manera alarmante, hasta el punto de impedirle en muchos dias salir de sus habitaciones. En estas circunstancias ha sido reconocido por la Francia el reino de Italia, y no con las reservas esplicitas que en Roma se esperaban, sino con vagas condiciones que hacen depender la ocupacion francesa del juicio y criterio

peculiar de Luis Napoleon. Si Pio IX llegase á fallecer en estos momentos serian de temer graves complicaciones en Occidente.

Mientras tal era el estado del jefe del catolicismo, el del islamismo pasaba de esta vida á la otra en edad temprana, aunque gastada su existencia por los excesos. Su muerte puede ser de suma trascendencia, porque habiéndole sucedido su hermano Abdul-Azis, que pasa por ser cabeza del partido musulman fanático, es de temer que este partido, viéndose en el poder, adopte una conducta hostil á los cristianos, que ocasionese una formidable y nueva guerra de Oriente.

¡Oh prevision de la diplomacia europea! En Roma, ciudad civilizada sigue la ocupacion francesa por el temor de que fallezca el jefe del catolicismo; y en Turquía en vísperas del fallecimiento del jefe del islamismo y de su sustitucion por un enemigo de la cristiandad, se da por terminada la ocupacion de Siria y evacuan los franceses el país. Dentro de poco oiremos que en el Líbano ha vuelto á comenzar la degollina.

¡Qué tempestad social tan terrible se condensa sobre la humanidad entera! En Europa, en Asia, en Africa, en América, en todas partes se respira un aire mefítico y la atmósfera necesita sin duda purificarse; mas para ello ¡cuántas desgracias, cuántas catástrofes traerá consigo la tormenta!

La censura eclesiástica ha debido temer algo de esto cuando segun parece ha impedido por ahora la circulacion de una obra del reverendo padre fray Atilano Melguizo, titulada: *Mas son los que se salvan que los que se condenan*. Aunque no habiéndose publicado, no hemos tenido el gusto de leer esta obra, el título nos interesa mucho por lo que tiene de consolador, filosófico y cristiano. No creemos que la censura se oponga al título y esperamos que mediante las esplicaciones que dé el padre Melguizo de los pasajes que hayan parecido dudosos, obtendrá el permiso para la publicacion. Por lo demás, el reverendo no debe estar descontento de este pequeño percance bajo el punto de vista de la propagacion de su libro, porque el alicientillo de la primera prohibicion duplicará por lo menos el número de sus lectores.

El corresponsal en París de un periódico de Londres que se publica allí en español, dice que en la capital de Francia se preparaban las habitaciones de un palacio comprado por la reina Cristina en los Campos Elíseos para alojar en agosto á la reina Isabel. Supone el susodicho corresponsal que S. M. se trasladará luego desde

París á Marsella y desde Marsella á Roma para visitar al Padre Santo, á quien desea conocer personalmente. Todas estas suposiciones parecen á los diarios que de ellas hablan bastante aventuradas. A nosotros nos parece muy difícil de realizar un viaje de esta especie, pero no lo tenemos por absolutamente imposible.

La Zamacois se ha presentado en Jovellanos en el papel de *Catalina* en la Zarzuela de este nombre, habiendo obtenido gran cosecha de aplausos: Hoy será el último día de funcion de la temporada en este teatro, cantándose *Una vieja* por la Ramos y una aria de *Campañone*, por la Santa María. Para la próxima temporada se dice que están ya contratadas la Rivas y la Murillo: son dos perlas que con la Ramirez y la Zamacois, la Mora y Santa María completarian un aderezo.

El Príncipe cierra también sus puertas: los demás teatros las tienen hace tiempo cerradas: así, pues, la temporada teatral ha concluido. Los circos están de enhorabuena.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ISLA DE SANTO DOMINGO (1).

CREENCIAS Y TRADICIONES DE LOS INDIGENAS.

PRIMITIVOS POBLADORES.—CREENCIAS.—HAITI CENTRO DEL MUNDO.—CREACION.—ORÍGEN DE LOS ASTRÓS.—PRIMEROS HOMBRES.—DILUVIO UNIVERSAL.—RELIGION.—ZHEMIS.—SACERDOTES.—ORÁCULOS.—MEDICINA.—FESTIVIDADES.—VIDA FUTURA.—CEREMONIAS FÚNEBRES.—JUEGOS.—MATRIMONIOS.—PUEBLOS.—VIVIENDAS.—TRABAJOS AGRÍCOLAS.—CAZA Y PESCA.—GOBIERNO.—CACIQUES.—DIVISION GEOGRÁFICA DE LA ISLA Á LA APARICION DE LOS PRIMEROS ESPAÑOLES.

No podemos en un trabajo de esta índole estendernos á profundas consideraciones, acerca del origen de la poblacion de Santo Domingo, el mismo, sin duda, que el de las demás grandes y pequeñas Antillas. Solo en una historia general de América tendrían estas investigaciones su verdadero y amplio lugar. Dada la unidad de la especie humana, siendo el Asia su cuna, preséntanse al historiador dos distintas hipótesis para explicar la poblacion de América.

La suma estrechez del paso de Behring que permanece durante algunos meses del año cubierto de espesos hielos, la existencia de un continente entre el Asia y el Nuevo Mundo, que en época mas ó menos remota haya sido sumergido en el fondo del Océano Pacífico, dejando solo para atestiguar su existencia las crestas de las mas elevadas montañas, que hoy forman numerosos continentes ó ambas causas combinadas entre sí, son suficientes para darnos una satisfactoria explicacion del origen de los habitantes del continente americano. Poblada la tierra firme, no necesitamos insistir en el origen de los pobladores de las Antillas, mucho mas si tenemos en cuenta la multitud de arrecifes y bancos de arena que se encuentran en aquellos mares, señales evidentes de grandes hundimientos, que pudieron separar aquellas islas del continente de que formaron parte.

En todos los pueblos primitivos que se encuentran en los primeros pasos de la civilizacion, predomina, ante todo, el espíritu de individualismo y supremacia, que les obliga á considerar á los demás pueblos como inferiores y sumidos en la barbarie. Así, al aparecer ante los absortos indígenas del Nuevo-Mundo los españoles, al percibir su inferioridad con respecto á los europeos; antes que suponer que existia en la tierra un pueblo que hubiese alcanzado ya una superior civilizacion y cultura, los consideraban como otros tantos seres sobrenaturales, bajados de las regiones celestiales.

Por eso, aun cuando la isla de Haiti solo sea un pequeño punto perdido en la inmensidad del Océano, no extrañaremos que sus moradores colocasen en ella la cuna del humano linaje. Para ellos no existian otras tierras que su isla y las que les rodeaban, y si extendiendo su vista por el horizonte, percibian algunas otras, la distancia que de ellos les separaba, las achicaba considerablemente, y las montañas que á lo lejos percibian eran solo miserables colinas, comparadas con las cimas del Cibao.

Los caribes, raza guerrera, que asolaba de vez en cuando con sus atrevidas incursiones las costas de la pintoresca Haiti, moraban en las pequeñas Antillas, y cuando algun prisionero arrebatado por estos terribles enemigos, y conducido á alguna de las islas caribes, podia volver á pisar el santo suelo de la madre patria, debía establecer comparaciones desfavorables siempre para el territorio ocupado por los enemigos.

Haiti, pues, segun sus creencias, era el centro del mundo, y su territorio habia existido antes que ningun otro. En él habia nacido el primer hombre, de él habian salido el sol, la luna y los demás astros que pueblan el éter. Existe todavía á algunas leguas del cabo Francés

una gruta que ocupa un lugar importante en las tradiciones indígenas. En el principio todo permanecia en la oscuridad, en el caos, hasta que de esta caverna, de unos doscientos pies de longitud, por ciento cincuenta de altura, y en cuyo techo existe una abertura próximamente redonda, salieron el sol y la luna para alumbrar al mundo. Esta caverna, larga y estrecha, y que por su regularidad parece mas bien que engendro caprichoso de la naturaleza, obra del arte, era objeto de gran veneracion. En ella se encontraban algunos ídolos, y á semejanza de los árabes, iban los indios en peregrinacion á este santuario, llevando para impetrar el favor de la divinidad, ofrendas que consistian en flores y frutas.

Entonces á la puerta de la venerada gruta se abandonaban al canto y al baile, con cuyos ejercicios creian captarse las voluntades de sus grotescos dioses.

En esta gruta, sencilla parodia de los templos subterráneos, de la arquitectura india, tallados en la roca, encontrábase también colocados en algunos nichos abiertos en los muros, pequeñas divinidades de formas groseras y de incorrecto dibujo, adornados de verdes y frescos ramos, que la piedad y respeto religioso de los indígenas renovaban sin cesar.

Pero si los astros, que vagaban perennemente por el azul del firmamento, y que las creencias de los sencillos habitantes de Haiti revestian de un carácter sobrenatural, habian merecido el honor de engendrarse en la gran caverna, el humano linaje reconocia mas humildemente cuna. Otra caverna mas pequeña que la anterior le sirvió de origen.

Largo tiempo vivieron condenados á la oscuridad, pues la luz del sol los convertia en árboles y piedras, si tenian la imprudencia de aventurarse demasiado lejos de la caverna, que les servia de habitacion; pero la desgracia de un pescador á quien el sol sorprendió á la orilla del mar, y que fue convertido en pájaro de melodioso canto, redimió de este pecado original á todo el linaje humano, que pudo mostrarse á la faz del dia sin experimentar peligro alguno.

Desde entonces se fueron esparciendo paulatinamente por toda la isla, y valiéndose de frágiles canoas formadas de troncos de árboles ahuecados por el influjo destructor del fuego, pudieron surcar las ondas del proceloso Océano, y distribuirse por las numerosas islas del Archipiélago.

También encontramos entre las primitivas tradiciones de los indígenas el recuerdo de un diluvio universal. Hé aquí la causa que reconoce este importante acontecimiento, y que por su nimiedad pinta el verdadero carácter de aquel pueblo niño.

Uno de los mas poderosos caciques de la isla dió muerte á un hijo suyo, por haber conspirado contra él. Conformándose con las costumbres de los naturales limpió algunos de los huesos del rebelde hijo y los encerró en un calabozo para conservarlos como imperecedero recuerdo. Un día la calabaza que estaba colocada encima de la choza que hacia las veces de palacio real, cayó rodando al suelo y se hizo pedazos. Del seno de aquella nueva caja de pandora, salió un inmenso raudal de agua con toda clase de peces. La tierra se anegó por completo, quedando solo libres de la furia de aguas las elevadas crestas de las montañas que formaron otras tantas islas (1).

Su religion es otra prueba mas de la unidad de la especie humana, y demuestra de un modo indudable, que si las primitivas tradiciones pueden adulterarse al través del tiempo y de la distancia, no se borran jamás por completo.

Reconocian un Ser Supremo, de quien todo dependia, y que á semejanza del Júpiter Olímpico padre de los dioses y de los hombres, era no solo superior á los simples mortales sino también á las divinidades subalternas. Inmortal, omnipotente, eterno habitador de los cielos, no era sin embargo increado y reconocia un origen; pero esto en nada amenguaba su poder. Este ser no tenia forma alguna determinada, porque ninguna era capaz de limitarle. Por eso jamás le representaban en sus rústicos templos ni en sus veneradas grutas; ni le dirigian preces ni oraciones, pues estaba demasiado elevado, demasiado distante de los hombres para que pudiera escucharlos.

Los zhemis, divinidades subalternas, que poblaban el aire, la tierra, los bosques, las montañas, las rocas, los árboles, los ríos, los torrentes, las fuentes, que dirigian el rayo, que turbaban los vientos, elevaban las olas del Océano y finalmente imperaban en todo lo que en la tierra se presenta vivo y animado, eran los intermedios entre el hombre y la Divinidad Suprema.

Por eso poblaban con sus imágenes los templos y las casas, los colocaban en los parajes públicos, pintarrajaban su cuerpo con sus grotescas formas, y como los egipcios, se servian de amuletos, que tenian grandes virtudes, que protegian á quien los llevaba de los peligros, y en las batallas eran su mejor custodia, su mas salvador escudo.

Fabricábase de madera, piedra y algunas veces de barro, adornándolos con pequeños trozos de oro nativo y sus formas eran en general monstruosas como procedentes de un pueblo, cuyas nociones estéticas no es-

taban desarrolladas, y que no tenia el mas ligero instinto artístico.

Cada tribu, cada individuo y cada familia tenia los suyos, que guardaba con especial cuidado, porque en su conservacion se cifraba la suerte del poseedor, y por eso no debemos extrañar que á la llegada de los españoles los ocultasen cuidadosamente, y que estos los buscasen con afán á causa de las partículas de oro de que estaban adornados.

Los sacerdotes (*Bucios*) si bien no formaban una gharquía especial, una casta superior á las demás, estaban rodeados de grandes consideraciones, y recibian como prenda debida á su elevado carácter, el respeto y veneracion de los indígenas.

Causaban la admiracion del pueblo por los ayunos y repetidas mortificaciones que se imponian, con lo que brigándose con la infusion de ciertas plantas, pretendian prever lo futuro, y eran consultados en los casos graves, especialmente antes de las batallas. Entonces las contestaciones de estos sacerdotes tenian todo el carácter de vaguedad que observamos en las de los oráculos antiguos, que solo podian descifrarse despues de verificadas las acontecimientos.

Dedicábase también como los sacerdotes egipcios y como los druidas de los celtas, al estudio de las propiedades medicinales de las plantas, y á ellos solos estaba encomendada la curacion de las enfermedades. Valiábase para este objeto, además de las plantas y yerbas, de ciertos estravagantes, con todo lo cual creian librar al paciente de la enfermedad. Esta la consideraban siempre como un ser maligno que se apoderaba de los individuos y creian que al lanzarla del cuerpo del paciente, se refugiaba en las montañas, su morada habitual (1).

Las festividades de los indígenas de Haiti eran verdaderas romerías. Señalado el día de la festividad juntábase para este objeto los individuos de una tribu, con sus presentes que consistian en frutos agrícolas, y que habian de servir de ofrenda para la divinidad. Adornados de sus mas preciosas alhajas y haciendo sonar á la par que sus gritos y alaridos, rústicos tambores, se dirigian á la choza que hacia las veces de templo. Allí entregaban á los sacerdotes las ofrendas; estos distribuian parte de ellas entre la multitud que las conservaba como preciosá reliquia; entregábase á danzas y juegos de destreza, entonando himnos en honor de los héroes y varones célebres, terminando esta escena con una invocacion á la Divinidad, para que se mostrase siempre propicia á la tribu (2).

Las nociones de la vida futura y de la inmortalidad del alma, aunque solo percibidas vagamente por la rudimentaria inteligencia de aquel pueblo primitivo, jugaban no obstante un papel precioso en sus creencias religiosas. En la bella provincia de Jaragua, en uno de sus mas hermosos valles colocaban su paraíso. Allí discurren las almas por la noche, respirando el aura perfumada de aquellas encantadoras comarcas, y alimentándose con el fruto del *mamey*, ocultándose á la venida de la aurora para no dejarse ver de los vivos.

Vagaban durante el día por las mas elevadas crestas de las escarpadas rocas, presentándose algunas veces á los vivos amenazándolos por sus vicios, y desvaneciéndose repentinamente si se veian perseguidas.

Conservaban como piadoso recuerdo algunos restos de sus difuntos parientes, lo que dió margen á que los españoles creyesen en un principio que se alimentaban de carne humana. Quizá con el mismo fundamento se atribuyó esta costumbre á los habitantes de las islas caribes.

A los caciques cuando morian les abrian el cuerpo, extraíanles las entrañas y los secaban, guardándolos despues cuidadosamente fajados con bandas de algodón (3). ¿Quién en esta costumbre no observará alguna semejanza con el especial cuidado con que conservaban los egipcios los cadáveres?

Sus diversiones consistian únicamente en danzas y bailes, que tenian ya carácter guerrero, ya religioso. Acompañábase en estos ejercicios con instrumentos rítmicos, formados de la corteza de árboles, y de las conchas de algunos moluscos. Al propio tiempo entonaban con tono grave y pausado largas canciones ó cánticos principales de la tribu, las hazañas de los caciques mas esforzados y de los varones mas célebres. A falta de literatura, á falta de anales y crónicas escritas, los acontecimientos históricos se conservaban por medio de la tradicion oral. Sabiendo lo que esta se desfigura al través de los siglos, no nos debe coger de sorpresa que los historiadores contemporáneos, solo hayan podido recoger algunas ligeras nociones acerca de sus primitivas creencias.

Además del baile, ocupábase también en el juego llamado *batos*. Era el *bato* una esfera groseramente hecha de una materia dura; pero ligera y porosa. Este juego tenia lugar en una plaza que en todos los pueblos habia para este objeto y consistia en lanzar la bola, no con la mano, sino con la cabeza, los hombros, los codos ó las rodillas, ganando el que la lanzaba mas lejos. Las victo-

(1) Herrera. Décadas.

(2) Charlevoix.—Historia de la isla de Santo Domingo, tomo I.

(3) Pedro Mártir.

(1) Véase el número anterior.

(1) Oviedo. Crónica de las Indias.

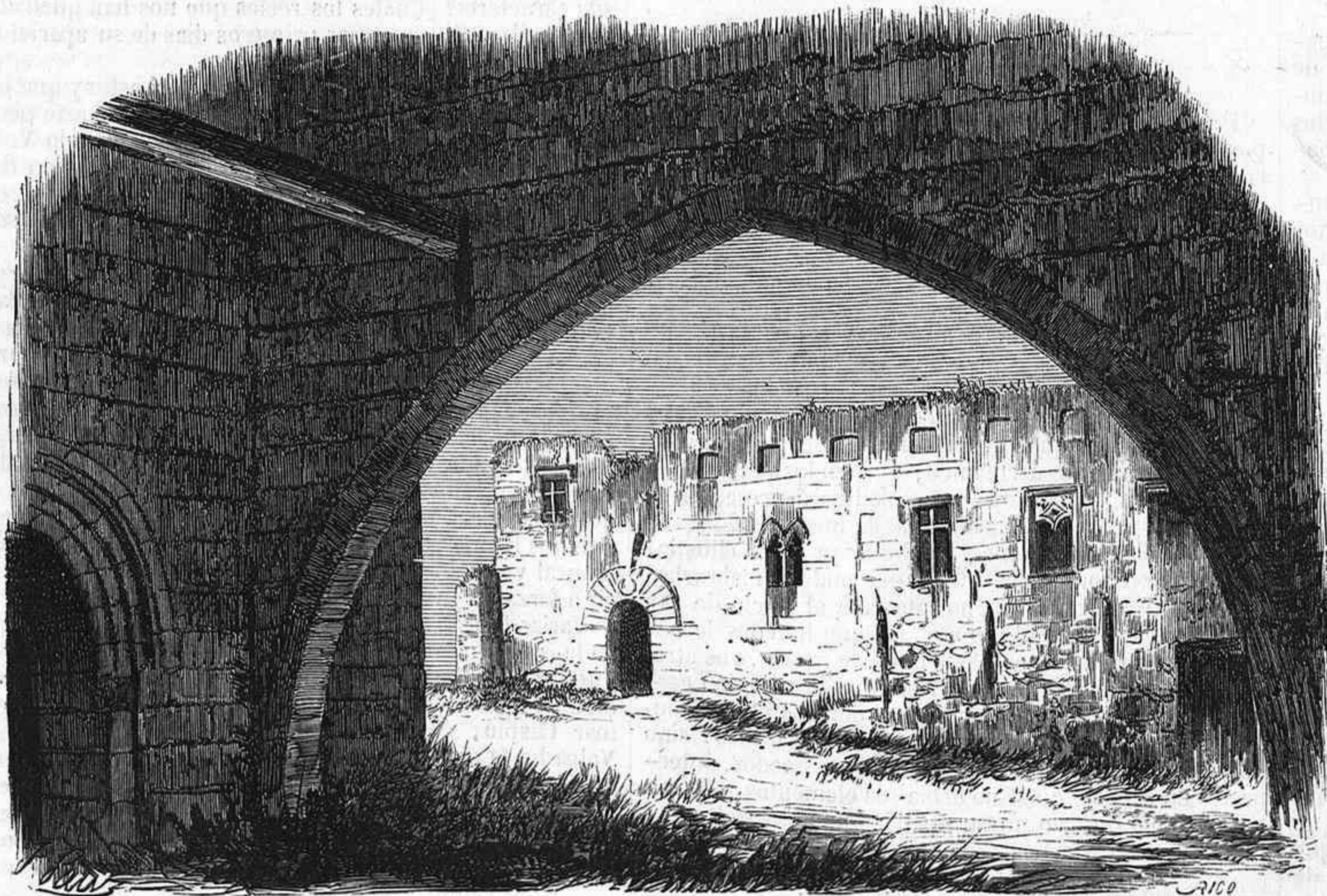


COLEGIO DE LA PAZ.—EL COMEDOR.

tentrional comprendida desde la embocadura del Vistula hasta el Elba, invasores de la Pannonia y que pelean como sus compañeros los alanos, contra los godos. Enemigos también de estos, desde el Oder hasta el Danubio se estendian los suevos en el interior de la Germania; y estos tres pueblos que parecen competir en bárbara rudeza; cuyo desconocido culto solo se rendia á una espada clavada en la tierra; cuyas ceremonias re-

ligiosas eran sacrificios humanos; cuyo vestido le formaban sus propios cabellos, compitiendo con las ásperas pieles que á retazos cubrian su cuerpo; cuyo único placer era el esterminio y su mayor gozo convertir las ciudades en inmensos desiertos, cayeron sobre España apoderándose los primeros de la Luisitana, los segundos de la Bética y los últimos de Galicia. Por ventura, del seno de tantas tribus bárbaras ha-

bia brotado la de los godos, providencialmente colocada en aquel escalonamiento de pueblos incultos, la mas cercana á la opulenta Roma. Originarios del Asia aunque establecidos en la Escandinavia, estendiéronse tanto por los confines de Asia como por los de Europa en las costas del Báltico y entre el Tanais y el Danubio. Las apacibles márgenes de este último rio detienen sus pasos, y pueblo dedicado no solo á la guerra, sino al utilísimo arte de la ganaderia, hace larga paraisa en aquel punto hasta que aengrandecidos ellos y próximos á la civilizacion, no tardaron en chocar con el mundo civilizado. Vencidos siempre al principio, no por eso desmayaban ni dejaban de repetir sus incursiones; y al tiempo que los visigodos con sus continuas acometidas iban debilitando el imperio romano recibian á su vez en sus rudas imaginaciones las impresiones de la civilizacion. Poco á poco se iban endulzando sus costumbres con el ejemplo de lo que veian, el aspecto de las ciudades en que entraban les inspiraba admiracion, respeto, deseo de imitacion; las relaciones de los prisioneros mismos les hacian comparar las privaciones de su condicion inculta y grosera con las comodidades y los gozes de los pueblos cultos; iban penetrando en ellos las artes del mundo griego y romano, y hasta las ideas del cristianismo pasaron el Danubio y fueron á enseñarles la escelencia y las ventajas de una religion y de unas costumbres tan distintas del culto grosero y de los hábitos feroces que ellos de sus bosques traian.» De esta manera con tanta exactitud presentada por el señor Lafuente, preparábase para el pueblo visigodo la época de su completa regeneracion. El empuje de los mismos bárbaros le lleva hasta las puertas de Roma; y establécese cerca de ella; y forma parte de sus ejércitos; y sostiene, con verdadero amor hácia la antigua civilizacion que ve hundirse, el ya vacilante imperio romano, hasta que la voz providencial que gritaba á Alarico *anda y ve á destruir á Roma*, le lleva en victoriosa marcha á conquistar las ciudades romanas, dejando solo la vida, segun la enérgica contestacion del godo, á los habitantes de la gran ciudad.



VISTA DEL SEGUNDO RECINTO DE LA ENTRADA, PASADA LA PUERTA DORADA.—POBLET.

La fe, fujo entr... sagrados... moral des... tadores... los godos... rase deci... hija de T... mo en su... hasta en... ceremoni... bajo su p... Casi... hacia pa... cabase el... aquel, so... vando co... que decia... cuando h... conserva... cis, enc... momentos... cuales no... la retuste... Roma... las ciuda... solament... dieron sa... dos con... instinto c... de las ma... mirand... cesilan p... dor é insp... designán... de que, ... este cuan... larios re... Los go... cial impu... arrasar s... lo en ad... zacion ro... la contin... habia dej... cialment... se hallab... No ha... tante ac... habia da... pudiendo... cesitó te... monias... una relig... interior c... tióse mu... el culto... ninguna... pasado p... no. Deca... traba un... sentir il... pasado... mismo c... maron e... su torpe... Pero h... to de ap... que estu... nes. La... desde lu... los pueb... antes de... arte mis... product... tólicos d... nacione... artistas... En e... evolucio... piritu e... averiguo... entre el... de la ti... rio, y... la faz d... tistas n... (1) Vé... gortone... colección... del 13 de... anta... Historia... de Teodo... obra titu... rri XII... colman C... L.; lib... ú. 12, ... exactitud... hecho de... muiado... monarca... pasaban... dicho en

La fe, sin embargo, hacia ya sentir su civilizador in-
flujo entre los godos; y los templos cristianos y los vasos
sagrados, y los objetos del culto, se preservan de la ge-
neral devastacion con religioso respeto por los conquis-
tadores. La antigua cultura romana bajo el dominio de
los godos entrevée una nueva aurora; Ataulfo declá-
rase decididamente su protector, y esposo de Placidia,
hija de Teodosio y hermana de Honorio, acepta lo mis-
mo en su traje que en las ceremonias de su corte, y
hasta en las costumbres de los romanos, tomando
ceremonias y las costumbres de sus guerreros, el traje, las
ceremonias y las costumbres de los romanos, tomando
bajo su poderoso patrocinio las artes de los vencidos.
Casi al mismo tiempo que en el imperio de Occidente
crescia el gran Teodorico que continuando la obra de
aquel, sostuvo con firme mano la cultura romana, sal-
vando con incansable solicitud las obras del arte, de las
que decía *¿cómo no hemos de admirar estas bellas obras
cuando hemos tenido la felicidad de verlas?* y para cuya
conservacion creaba un cargo de inspector de los edifi-
cios, encargándole *vigilase la construccion de los mo-
numentos antiguos y construyese otros nuevos, á los
cuales no faltase para igualar á los primeros mas que
la ceteros (1).*

Roma, Rávena, Pavia, Terracina, Monza, y todas
las ciudades del imperio que cayeron bajo su poder, no
solamente vieron conservados los monumentos que pu-
dieron salvarse de la general ruina, sino que enriqueci-
eron con otros nuevos, dieron elocuente testimonio del
instinto civilizador de Teodorico. Los artistas eran objeto
de las mayores consideraciones del rey y de sus áulicos,
admirando el primero los vastos conocimientos que ne-
cesitan poseer, y condecorando al arquitecto conserva-
dor é inspector de los edificios con una vara de oro,
designándole puesto delante del monarca mismo, á fin
de que, segun sus palabras, nunca pudiese olvidar
este *cuan importante es para los reyes el que sus pa-
labras revelen su magnificencia.*

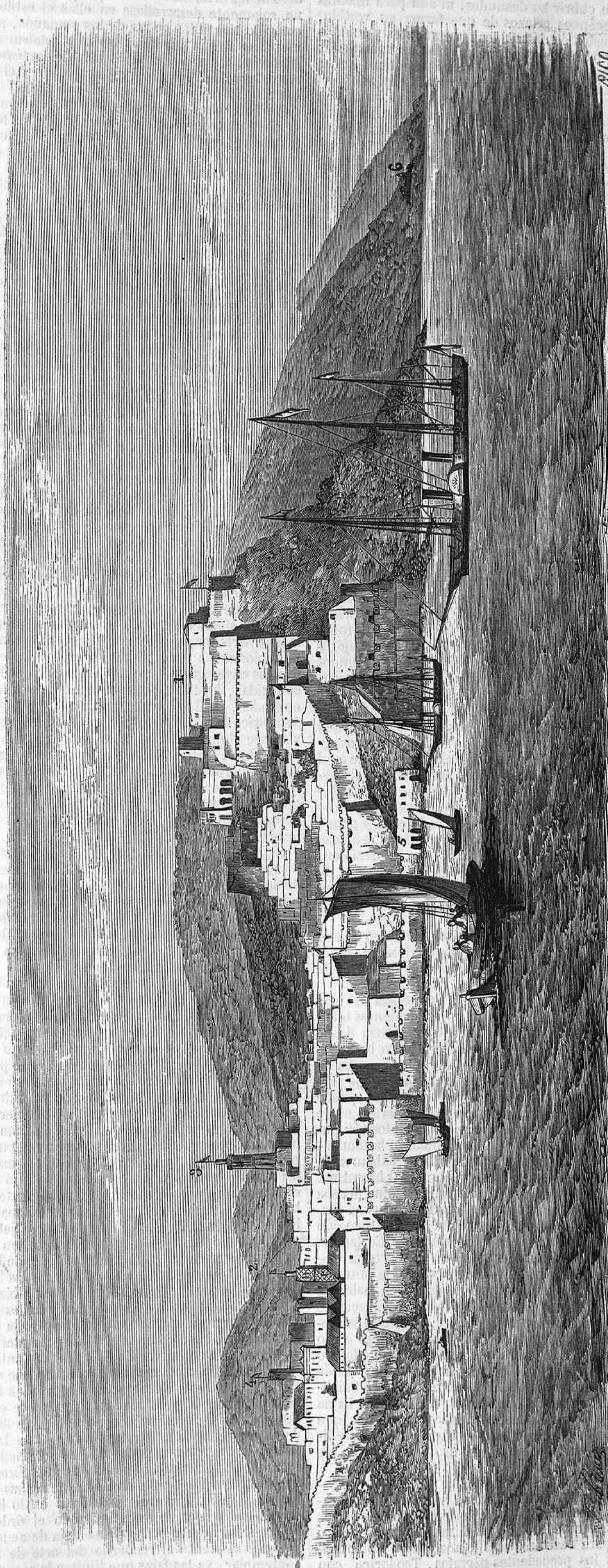
Los godos, pues, si alguna vez llevados del providen-
cial impulso que les guiaba á destruir á Roma pudieron
arrasar sus edificios, bien pronto se convirtieron no so-
lo en admiradores sino en conservadores de la civili-
zacion romana; pudiendo asegurarse que á ellos se debe
la continuacion de aquel arte que tan ricos despojos
habia dejado de su opulenta grandeza, pero que desgra-
ciadamente á la época de la invasion de los bárbaros,
se hallaba en un lamentable estado de decadencia.

No habia pasado un siglo al tener lugar este impor-
tante acontecimiento desde que Constantino primero
habia dado la paz á la iglesia. Libre el culto cristiano y
pudiendo ostentarse ante la faz de la idólatra Roma, ne-
cesitó templos; y no siendo bastantes, á sus cere-
monias religiosas los del paganismo, construidos para
una religion, en cuyos ritos no entraba el pueblo en el
interior del templo, quedándose solo en el *pronaos*, sinti-
óse muy luego la necesidad de habilitar edificios para
el culto, necesidad imperiosa que hablaba mas alto que
ninguna otra idea en aquellos siglos de fé. Habian ya
pasado por desgracia los buenos tiempos del arte roma-
no. Decadente y perdido su magestuoso carácter, arras-
traba una existencia débil y penosa que bien dejaba pre-
sentir iba llegando el último periodo de su esplendor
pasado. Arte nacido por el paganismo y para el paga-
nismo no podia subsistir cuando los dioses que lo for-
maron caian de sus soberbios pedestales derribados por
su torpe impotencia.

Pero la nueva y sagrada religion no podia en el momen-
to de aparecer á la faz del mundo formar un arte nuevo,
que estuviere en armonía con sus espirituales aspiracio-
nes. La naciente sociedad cristiana no podia presentarse
desde luego ostentando un arte nuevo; tenian que pasar
los pueblos por un difícil periodo de regeneracion social,
antes de que el sentimiento religioso enseñoreándose del
arte mismo se alzara en el siglo XIII espontáneo y como
producto de una sola inspiracion en todos los países ca-
tólicos de Europa, para realizar con las atrevidas combi-
naciones de la vertical y la ojiva el ideal sublime de los
artistas cristianos.

En el siglo IV era imposible se operase esta gran
evolucion. Aquellos cristianos, fija la mirada de su es-
píritu en la nueva creencia religiosa, no descendieron á
averiguar la estrecha armonía que debe reinar siempre
entre el arte y la idea. Salian de vivir en las entrañas
de la tierra una existencia de persecucion y de marti-
rio, y al verse libres, al presentarse sin temor ante
la faz del mundo, no se podian detener á escoger ar-
tistas ni género de arquitectura. Edificios para su cul-

(1) Véanse las reflexiones del traductor de Vasari.—Vida de Mar-
celino, citada tambien por el señor Assas en el artículo sétimo de la
arquitectura que lleva por título: *Nociones fisionómico-históricas de la
arquitectura en España*, insertos en el Semanario pintoresco español
añadido, uno de los primeros iniciadores de los estudios sobre la
Historia del arte en nuestra patria, cita en la nota otras varias cartas
de Teodorico y otros príncipes godos y fórmulas que se hallan en la
obra titulada: *Magni Aurelii Cassiodori Senatoris V. C. Variarum li-
brarum*, M.D.XCV. Libro IV, cartas XXIV, XXX, XXXI, y
XXXII, carta XXI; y lib. X, cartas VIII y IX.—Todas estas citas cuya
exactitud hemos tenido ocasion de apreciar por el examen que hemos
hecho de ellas y que no copiamos por la índole de estos artículos ya de-
monstrados estensos, justifican mas y mas la gran predileccion con que los
monarcas visigodos miraron las artes romanas, que en aquel entonces
era el estado de decadencia que con razon denomina latino



1 Alcazaba.—2 Torre de la gran mezquita.—3 Torre de la mezquita alta.—4 Residencia del encargado de negocios de España.—5 Entrada á la calle del Zoco.—6 Bateria del Re negado.

TANGER VISTO DESDE EL MAR.

RICO.

de la

to es lo que necesitaban; y como el pobre, que cuidando solo de cubrir su desnudez, ni aun para mientes en los heterogéneos retazos de que forma su vestido, reunían los restos de destruidos monumentos y cuidándose muy poco de armonizarlos, levantaban sus iglesias para entregarse en ellas á las devotas prácticas de su santa creencia. Por eso, según la acertada expresión del señor Assas, se reunieron con frecuencia en un mismo edificio miembros de distintas órdenes, tamaños, formas y proporciones; por eso las columnas unas veces se acortaban cercenándolas la base ú otra parte como se ejecutó en San Pablo y en San Estéban de Roma; otras veces se elevaban añadiéndolas segundos pedestales ó basas, como en el mismo San Estéban y en San Lorenzo de aquella ciudad; y otras se colocaban sin modificación alguna principalmente si su longitud difería poco de la deseada.» Las demás partes de la obra continuaban estos caracteres de decadencia y falta de unidad propios de aquel estilo nacido de la necesidad y de la fe, y que desarrollado en la parte occidental del imperio, con razón se ha calificado de estilo latino. Consecuencia indeclinable de su manera especial de ser, los muros, se presentan desnudos de ornato; y cuando la mano de aquellos artistas quiere imitar cualquier follaje, cualquier detalle del rico y profuso estilo greco-romano, lo hace toscamente, conservando solo en la forma general el recuerdo de los modelos que imita.

Tal era el estado del arte en Roma á la invasión de los bárbaros. El estilo latino difundióse con rapidez por todas las provincias de Occidente, y no hubo de ser la última que lo adoptase nuestra patria.

Contribuía no poco al triste estado por que pasaba el arte occidental, la gran predilección que manifestó Constantino por la ciudad de Bizancio, trasladando á ella su imperial silla. Como acontece siempre, á la nueva corte refluyeron los mejores ingenios y los artistas de mas nombradía, que iban difícilmente conservando las buenas tradiciones del arte romano.

Gran movimiento y vida tomaron las construcciones en la preferida capital, que vecina de otros pueblos orientales de distinta civilización y arte diverso, bien pronto vió en sus edificios creaciones de artistas extranjeros á quienes protegían los mismos emperadores. Venidos aquellos de la Persia, pueblo cuya cultura ejerció grande influjo en todas las naciones vecinas, especialmente en sus artes y en su literatura, uno de los caracteres que desde muy antiguo daban á sus edificaciones era el lujo de ornamentación, prodigando en los miembros arquitectónicos labores de prolifas combinaciones: de aquí que el arte romano al mezclarse en Bizancio con el gusto pérsico adoptara no solamente muchas de sus fórmulas en las bóvedas, columnas, arcos, ventanas, impostas, etc., sino que también se introdujeran y generalizaran diferentes clases de adornos entre los que fueron los mas usados el *atanrique*, los *impages*, los *arciones*, los *escamados*, las *flores* ú otros objetos, los seres de figura humana, y sobre todo las figuras geométricas en vistosa combinación, ya de círculos, ya de cuadrados ó bien de formas romboidales.

Los visigodos hallaron, pues, imperando en Roma el decadente estilo latino; pero mezclándose en algunos de sus detalles con la ornamentación del estilo de Bizancio.

Cuándo empezara á notarse esta influencia del arte de Oriente sobre el de Occidente, averiguación es todavía no bastante dilucidada para poder decidirlo desde luego. El señor Assas parece dejar entrever, si bien con la circunspección que tanto le distingue, se estaba ya operando en el arte esa lenta transformación de los primeros siglos; pues manifiesta que si bien no puede asentar que en ese primer período se conservase entre los godos de nuestra patria el estilo latino en toda su pureza, puede asegurarse que antes de finalizar la monarquía visigoda á principios del siglo VIII se habían mezclado con aquel estilo algunas prácticas del bizantino. Con la erudición que le caracteriza, aduce como prueba histórica, la venida de auxiliares de aquel imperio á instancia de Atanagildo, para la guerra que sostuvo con Agila, los que fortificados en la provincia de Cartagena quedaron establecidos, después de varia fortuna entre los vasallos de los godos vencedores; y que la unión de las tres razas latina, visigoda y bizantina, habia de producir una fusión de costumbres y de civilizaciones que imprimiesen al arte una faz nueva, en la que se viesen reunidos y amalgamados los caracteres del estilo propio de cada pueblo; pero que como los visigodos no tenían arte propio sino el que se habían asimilado de los romanos, la fusión solo se hizo entre el arte de Oriente y Occidente, resultando un nuevo estilo al que llama no sin razón el señor Assas latino-bizantino; estilo, que como sucede siempre, lo mismo se encuentra en las edificaciones que en los objetos de uso comun y en los productos de ofebrería.

Además de las reflexiones aducidas por tan docto conocedor de nuestras antigüedades, hay otra consideración para confirmar no solo dicha confusión de estilos desde el establecimiento de los bizantinos en nuestro suelo, sino para llevarla á mas lejana época. Como hemos visto en los precedentes párrafos, Teodorico, con justicia apellidado el Grande, habíase educado en Constantinopla; y allí hubo de adquirir el decidido gusto por las artes que le hizo protegerlas en tan alto grado,

siendo lo natural que cuando pasó á Occidente y se apoderó de las diversas ciudades que ya hemos mencionado, no solamente desarrollase en ellas el estilo latino tal como lo toman los godos de los romanos, sino que se mezclase á sus prácticas las que estaban en boga en Bizancio, algunos de cuyos célebres *artistas marcharon delante del rey*, según las palabras citadas de su carta.

Vemos, pues, sin necesidad de la menor violencia demostrado con la sucinta relación de los hechos, que los godos fueron los primeros en recibir y conservar la civilización romana de ambos imperios, y que precedieron por lo tanto á ningun otro pueblo del Norte en la obra de su rehabilitación á los ojos de la culta historia, pudiendo decirse de ellos que fueron para la causa de la cultura, tosca pero preciosa cadena, que enlaza en los tiempos medios el mundo antiguo y el mundo moderno.

Después de cuanto llevamos dicho, bien fácil es deducir consecuencias. De las diversas razas del Norte que á la época de la invasión cayeron sobre el suelo de nuestra patria, los godos fueron los que por ventura fijaron en ella de un modo permanente y duradero su vencedora planta arrojando de la península á los vándalos, á los suevos y á los alanos, que como ya hemos indicado habian establecido sus salvajes hordas en diversas comarcas españolas.

Los godos, por consiguiente, estendieron el arte que traían de Italia y de Bizancio en todo nuestro suelo, llegando á tal punto su nombradía, que sus artistas eran buscados y enaltecidos por los extranjeros según comprueba la oportuna cita que hace el señor Assas de un pasaje de la vida de San Ouen, obispo de Ruan, escrita en Francia en la primera mitad del siglo VIII y en donde se hallan las siguientes palabras: «Aquella basílica (la de San Pedro de Ruan) en que descansan sus santos miembros (los de San Ouen) fue noblemente construida, con obra admirable, piedras cuadradas y MANO GÓTICA por Lotario, rey de los francos, hácia el año veinte y cuatro de su reinado (535 de J. C.)»

Habia de consiguiente una gran distancia en estos primeros siglos entre los godos y las demás razas llamadas bárbaras, marchando aquellos al frente de la civilización de su época si bien seguidos de cerca por los francos cuyas grandes relaciones con los godos son bien conocidas, hasta el punto de mezclarse ambas nacionalidades, de lo que es buena prueba la cesión que Amalarico hizo á Alarico de parte de la Francia, reservándose algunos dominios en lo que entonces se llamaba *Galia Gótica*. En esta marcha de progresivo adelanto, fueron entrando mas tarde los otros pueblos del Norte, y precisamente de los últimos los germanos, algunas de cuyas razas tardaron también en recibir mas que los otros pueblos, las santas doctrinas del Crucificado.

Si, pues, la generación del arte queda establecida de un modo tan natural y preciso, ¿cómo desentendernos de lo que la historia nos enseña para concluir según pretende Mr. de Lastery, que las alhajas de Guarrazar proceden de un arte norte-germánico y no del visigodo? Para establecer esta conclusión seria necesario presentar monumentos de aquellos pueblos; y esto no se hace por el arqueólogo francés.

Diferentes objetos se ponen en parangón con los del tesoro de Guarrazar encontrados en Francia, en Inglaterra, en Suiza y en Italia; pero falta lo principal y es demostrar cómo propone Mr. de Lastery, que el arte de la orfebrería ó joyería con adornos de vidrio rojo en los calados *no fue encontrado sino importado por los pueblos invasores*. Esto último ni lo prueba ni creo pudiera hacerlo el distinguido anticuario por falta de datos. Ya lo hemos dicho ¿qué arte habian de tener unas razas en tan primitivo estado de rudeza? ¿Cómo habian de importarle los que no sabian mas que destruir? ¿Acaso por toscos que sean los procedimientos empleados en las alhajas de Guarrazar, no suponen ya un pueblo con ciertos adelantos de cultura y de buen gusto, un pueblo que comprende aunque no alcance á realizar la sublime idea de la belleza? En todos esos objetos que cita el docto anticuario no se ve otra cosa, como en las coronas de Guarrazar, que los reflejos del arte de Roma y de Bizancio, conservándose en sus adornos las buenas tradiciones del arte antiguo. El estilo latino-bizantino predominante entre los godos y demás pueblos que siguieron de cerca su marcha protectora para la causa de la civilización, lleva como uno de sus caracteres mas determinados la conservación de las formas antiguas, pero desvirtuadas por la torpeza de la mano que quiere imitarlas sin conocer los procedimientos y las buenas teorías de la ciencia y del arte. ¿Quién no ve en el dibujo interior de las hojas de peral que forman los eslabones de la corona de Recesvinto y de Suintila la imitación de conocidos adornos romanos, no solamente en objetos de lujo, sino hasta en algunos miembros arquitectónicos, principalmente en las medias cañas de las cornisas? ¿Quién no ve el imperfecto estilo latino en el capitel de cristal de roca imitando el orden corintio que le sirve de grumo? ¿Cómo deja de acudir á nuestro entendimiento el recuerdo del arte de Bizancio al contemplar, ya las fajas que limitan la corona de Recesvinto, cuyo dibujo es una combinación de segmentos de circunferencias del mismo género que la faja central de la corona de Suintila; ya las arcadas de una de

las coronas pequeñas; ya la forma general de las coronas; ya la especial de la que pende de la del último rey citado y hasta la misma extraña combinación de las coronas que forman una especie de enrejado ó red? ¿cuyo arte es desconocido, cuya manera de ser primitiva, escluye hasta la mas ligera noción del arte mismo?

Pero la capital razón de Mr. Lastery consiste en el empleo del vidrio rojo en los calados que supone en el sivo de los pueblos de origen germánico; y á esto contestaremos: que los trozos que él supone de vidrio rojo no son de esta materia, como ya hemos visto, sino de cornalinas; lo cual puede fácilmente comprobarse sujetando cualquiera de ellos á la acción del fuego. Que los romanos, lo mismo que los bizantinos y visigodos, bre todo en el bajo imperio, siendo muy dados al fausto y opulencia que difícilmente podían sostener, imitaban con admirable perfección toda clase de piedras preciosas, lo cual acaso empezó á introducirse por la gran propagación del mosaico que les hizo imitar las jaspes y mármoles de color con pastas. Que las vitrificaciones eran ya conocidas de los occidentales y de los bizantinos; y que por consiguiente los godos, continuadores de la decadente cultura, de unos y otros tomaron el arte de hacer pastas imitando las piedras preciosas, como se observa en las alhajas encontradas en Guarrazar que tienen gran número de ellas.

Podremos estar equivocados en nuestro juicio; pero comparándole (ya que á tanto nos atrevemos) con el de Mr. de Lastery, no vacilamos en sustentarlo, porque le encontramos directamente emanado de la natural y progresiva relación de los hechos históricos, que vienen á formar la no interrumpida generación del arte, mientras en la opinión contraria solo vemos una conjetura aislada exenta de comprobantes históricos y artísticos.

Pero es mas: los mismos testimonios que Mr. de Lastery cita y compara con las alhajas de Guarrazar vienen en apoyo de nuestro juicio; la grande analogía que existe en la disposición general y en alguno de los dibujos de las coronas de Recesvinto y la existente en Monza justifican nuestros asertos. Monza precisamente, fue una de las conquistas del godo Teodorico, y de las ciudades que bajo su cetro mas se enriquecieron con toda clase de construcciones y de ofrendas. Por consiguiente, en Monza como en Italia y en España y en la Galia gótica, el arte no era otro que el latino mezclado con adornos bizantinos.

Las eufonias que en inscripciones de otros objetos busca el docto anticuario, son en verdad bien débil probanza; y si de algo sirven es para justificar nuestra opinión: en el relicario de San Mauricio el nombre de *Teudericus* lleva terminación romana con la raíz griega *Theus* ó *Theos*, Dios; y en él por consiguiente se entreve mas bien un origen cristiano que germánico; los demás nombres, tales como *Nordoalaus*, *Rhilindus* y *Undiho* sobre todo los dos últimos tanto pueden ser de origen germánico como de cuna escandinava; y el primero *Nordoalaus* tiene una terminación puramente griega, cual es *laus* ó *laos* (pueblo). Pero sea de esto lo que quiera, y aun concediendo que tales nombres por su eufonia parezcan septentrionales, queda por resolver la cuestión, pues semejante hecho solo explicará en todo caso el origen de los que mandaban hacer las alhajas, mas no de los artistas que las ejecutaron.

Si faltasen razones para demostrar que solo á los orfebres visigodos pertenecen los objetos hallados en Guarrazar, serian bastantes á justificarlo las grandes analogías que se encuentran entre ellas y los monumentos españoles de los cuatro primeros siglos del cristianismo libre, y por consiguiente, de la época visigoda, que por ventura se conservan en la imperial Toledo. En el muro exterior de la arruinada Iglesia de San Ginés encuéntrase un fragmento, cuyos adornos están formados por combinaciones de circunferencias y segmentos de ellas, cuya similitud trae espontáneamente á la memoria el recuerdo de las labores de las coronas de Recesvinto y de Suintila. Igual efecto produce otra faja que se halla en la construcción llamada *los baños de la Caba* y el adorno de una basa que se ve en la arquería que separa la nave mayor de la lateral de la epístola, en la iglesia de San Roman. Varios de los capiteles de esta Iglesia y con mas especialidad uno de ellos llevan hojas imitando las de acanto del orden corintio; pero cuyo rizado tiene gran analogía con el de las hojas de peral de las coronas (1); y cuando de este modo hacemos el estudio comparativo no nos es lícito vacilar un momento al establecer que tanto las alhajas del museo de Cluny como las que actualmente posee S. M. la reina, encontradas unas y otras en Guarrazar, son producto del arte visigodo continuación del latino con influencias y prácticas bizantinas, sin recurrir de ningun modo á buscar su cuna en un arte que podemos llamar desconocido durante los primeros dias de los pueblos germánicos.

En cuanto á la opinión de otro anticuario francés, ya indicado, que pretende sean dichos objetos pertenecientes al arte franco, no entramos en discusión porque sus

(1) Estas analogías se hallan igualmente entre las coronas, y diferentes trozos de piedras labradas que descubrió la comisión del gobierno en el mismo sitio de Guarrazar, y que publicará en breve con una larga y estensa memoria acerca del arte visigodo el señor Amador de los Ríos. Las demás que citamos pueden consultarse en el *Album de Toledo* escrito por el referido señor Assas.

...mos compañeros la consideran como aspiraciones de un patriotismo, hasta cierto punto digno de alabanza, pero sin género alguno de confirmación histórica. Es una hipótesis aislada; y el terreno de las suposiciones nacidas de mero entusiasmo, no es en el que dilucidamos los problemas de la crítica arqueológica. Solo sus difíciles problemas ahistas eran buscados por los francos, cuando los godos eran los enaltecidos por los francos, cuando los godos eran los inmediatos sucesores de las artes romanas, no se contentaban con buscar para la fabricación de preciosos objetos artistas extranjeros, en aquel período más atrasado que los nuestros.

Bien quisieramos dar toda la amplitud que estos trabajos requieren a las indicaciones que llevamos hechas, pero escribimos en una publicación periódica, y temeríamos cansar a nuestros lectores si dilatásemos más, escribiendo largos apuntes. Además se hallan próximas a ver la luz pública, una extensa memoria acerca del arte visigótico, debida al ilustrado académico señor Amador de los Ríos, y la monografía de estas coronas que él mismo escribe en unión del no menos docto señor don Pedro Madrera para la publicación de «dos monumentos arquitectónicos de España», y en tan radicales trabajos tendrán cumplido exámen y acertada solución cuantas ideas surgen en nutrido agrupamiento del estudio de las coronas de Guarrasar.

Restáanos, sin embargo, para cumplir lo que ofrecimos al empezar estos apuntes, consignar nuestro humilde juicio acerca del origen y uso de dichas coronas, de la disposición histórica en que tan erudito ha sabido mostrarse Mr de Lastery, y estudio que nos ocupará en el artículo siguiente.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

MADRID MODERNO.

LA INCLUSA Y EL COLEGIO DE LA PAZ.

IV.

Graves inconvenientes ofrecía la estancia en la Inclusa de los expósitos de ambos sexos, al llegar á cierta edad, como también la salida de las jóvenes del Establecimiento para dedicarse al servicio doméstico, si eran reclamadas por los particulares. Lo primero ocasionaba inusitado gravámen á los fondos de la Inclusa, y lo segundo ofrecía á manos llenas ofensas á la pública moral pues sin experiencia de la sociedad y sin práctica en los peligros del mundo, se perdían las muchachas miserablemente. Hé aquí por qué con toda prevision, se determinó también antiguamente que al cumplir los varones expósitos siete años de edad, cesase la Inclusa de prestarles sus benéficos socorros y pasasen á la casa llamada de Desamparados. Las jóvenes, semillero de peligros por su inesperienza, no tenían donde recogerse si salían de la Inclusa, esponiéndose á los embates de los vicios, hasta que doña Ana Fernandez de Córdoba y Figueroa, duquesa de Feria, fundó espresamente para ellas, en 1679, un colegio llamado de Nuestra Señora de la Paz. Fundación tan acertada como piadosa, que arrancando víctimas á innobles pasiones, conserva y educa para la sociedad las expósitas que de allí pasan comúnmente á ser buenas madres de familia ó excelentes religiosas.

Varias fueron las vicisitudes porque pasó el colegio de niñas de la Paz, hasta llegar á nuestros días en que se mantiene en estado próspero. La señora referida fundó el establecimiento por medio de un testamento y codicilo otorgado en 19 de setiembre del espresado año, y suplicó al rey se dignase colocarlo bajo su protección, nombrando un individuo de su cámara y consejo que le inspeccionase, y encargando á su esposo, don Pedro Antonio de Aragón, que al fallecer ella, comprase una casa en donde pudiesen cómodamente establecerse las colegialas y sus maestras. Hízose así, en efecto, tan pronto como ocurrió su muerte, comprándose el solar y casa en donde despues se edificó el colegio, en la calle de Embajadores, en que hoy se conserva.

Mantúvose allí floreciente por espacio de un siglo aquel piadoso establecimiento, recibiendo solo las jóvenes procedentes de la Inclusa, ó de las amas externas que las hubiesen criado, y solo salían para contraer matrimonio ó tomar estado de religiosas. Pero al fin, á pesar de la sencillez administrativa de la casa, puesta al cuidado de un capellan, de una directora y dos maestras, decayó el colegio de su estado normal y tuvo que cerrarse. Ciertamente los peligros que corrían las jóvenes de la Inclusa al entrar en el mundo eran los mismos, y así es que se pensó pronto en la restauración de una obra tan meritoria.

Siendo el protector del Colegio de los Desamparados y el de la Inclusa uno mismo, se creyó que bastaría para levantar la fundación de la duquesa de Feria á su primitivo esplendor, la celebración de un acuerdo por el cual la casa de los Desamparados se obligaba á mantener las expósitas, al devolverlas las amas, satisfaciendo por una vez 50 reales de vellón. ¡Escasa era semejante cantidad para que pudiese subvenirse á la manutención de aquellas desgraciadas! Nada adelantó el porvenir del

Colegio de la Paz con aquel arreglo. Solo cuando el rey don Carlos IV, confió el gobierno y administración de la Inclusa á la junta de señoras, pensaron estas, llenas del celo más laudable, en reorganizar el Colegio, como se hizo por real orden, estableciéndole á principios del siglo actual en una casa de la calle del Prado. La señora condesa de Trullás fue la principal promotora de este asunto. Mas adelante fueron agregadas cinco ó seis hermanas de la Caridad, para prestar sus cuidados á las niñas, y posteriormente tanto la Inclusa como el Colegio de la Paz, fueron reunidos en un solo local, donde hoy continúa también este último, conservando rigurosamente su instituto. No en otra cosa consiste que en la manutención y educación de las niñas expósitas que se trasladan de la Inclusa despues de cumplir los siete años: en el Colegio permanecen á no ser que se les prohija formalmente, que las reclamen sus padres, las amas que las han criado ó personas de intachables garantías, ó que contraigan matrimonio, en cuyo caso se las entrega la quinta parte del producto líquido de las labores que hubiesen ejecutado desde su entrada, y además se les regala un vestido.

V.

Del benéfico objeto que se proponen los establecimientos de la *Inclusa* y *Colegio de la Paz*, bien puede conocerse cuántas ventajas obtienen los infelices protegidos por sus piadosos institutos. Pero si damos á conocer otros pormenores, rogando á nuestros lectores que nos acompañen en la rápida visita interior que vamos á ofrecerles, no podrán menos de celebrar el excelente estado en que se halla en Madrid moderno, la beneficencia pública. Parece que el corazón se ensancha cuando se contempla un local cualquiera de amparo y protección para desvalidos ó desgraciados. ¡Cuánto más no deben agradecerse instituciones piadosísimas que arrebatan á la implacable muerte inocentes seres, colocados al borde del sepulcro antes de saludar la cuna! ¡Cuánto bien no se debe á establecimientos generosos que salvan para la sociedad muchos individuos, que de otra manera poblarían acaso los lupanares ó los presidios!

Porque si la *Inclusa* conserva la existencia de las criaturas y salva el honor de las madres, el *Colegio de la Paz* educa moral y religiosamente á las niñas, preparándolas para el gobierno económico de una casa, de una futura familia. Enseñanse además en él aritmética, música y mil diversas labores propias del sexo. Los bordados en algodón, seda, tul, plata y oro, los trabajos en pajas finas y calados con cerda, compiten muchas veces con los de las mejores fábricas. Se dedican muchas al cosido de guantes para los establecimientos de la corte, y otras, en fin, llegan á lucirse en diversas especialidades.

Bien es verdad que la distribución de horas para trabajar, para alimentación y recreos se hallan tan bien combinadas que difícilmente podrían señalarse otras. Ellas mismas alternan semanalmente en el servicio de la cocina, lavadero, limpieza de la casa, almacén y enfermería, empleándose diariamente doce en estos quehaceres domésticos. Pero sobre todo, despues de la buena dirección que preside en ambos establecimientos, debemos reconocer que las hermanas de la Caridad á cuyo cargo está encomendado su gobierno interior, cumplen perfectamente con su cometido. En la *Inclusa* prestan sus cuidados dos hermanas en el torno y en la sala de lactancia, una en el lavadero con cuatro amas que la asisten alternando, otra en la cocina con dos amas, y otra en la sala de destete, operación que tiene lugar al cumplir los expósitos quince meses. En el *Colegio de la Paz*, cuidan dos hermanas de la Caridad de la portería, seis de las escuelas, dos de la enfermería, una del almacén y dos de la cocina. Inútil es decir que la limpieza de todos los dormitorios, de los comedores, de la sala de lavarse, del salón de lavatorio para las criaturas, con estensos y blancos mármoles, debido al Excmo. señor gobernador civil Ordoñez; de las salas de clases, de la capilla, de los patios y corredores, nada deja que desear. Únicamente la antigüedad de la casa, la mala distribución de algunas habitaciones y la situación topográfica del edificio, nos hacen esperar que algún día, quizá no muy lejano, se levante una nueva *Inclusa* y un nuevo *Colegio de la Paz*, en donde la humanidad reciba iguales consuelos, por los que alcen al cielo plegarias de gratitud los inocentes seres que en ambos establecimientos se albergan.

Y no se crea que se trate, como ya hemos indicado anteriormente, de reducido número de desgraciados á quienes las instituciones filantrópicas de la *Inclusa* y *Colegio de la Paz*, amparen y dirijan por el camino de la vida. Por término medio pueden calcularse en unos mil quinientos los expósitos que entran un año con otro, como demostraría un estado detallado de entradas y existencias. Pero dando á conocer á nuestros lectores las cifras de diversos años, podrán comprender la diversidad de existencias con que en un año ó en otro cuenta el establecimiento. Así por ejemplo, los años de 1838 y de 1847 fueron notables por sus períodos ascendentes. En el primero las exposiciones fueron de mil quinientas cincuenta criaturas, y en el segundo de mil quinientas

cuarenta y siete. En 1840 solo entraron en la *Inclusa* mil doscientos noventa y siete expósitos, y en 1841 entraron mil trescientos treinta y siete, subiendo paulatinamente á mil trescientos setenta y tres el año 1843, si bien había experimentado aun la entrada mayor alza en 1837, que fueron los expósitos nuevos mil cuatrocientos cuarenta y ocho. La cifra que nos han presentado en estos días las hermanas de la Caridad, como reciente en la *sala de collares*, indica ya que las exposiciones que se habrán verificado á fines del corriente año, no dejarán de ser numerosas. Afortunadamente el progreso de los salvados es siempre ascendente, lo cual habla muy en favor de la administración de la casa, siendo de esperar que la mortandad será cada vez menor, mientras, como sucede fatalmente en estos momentos, no se ensañe contra la vida de las infelices criaturas, la viruela, el sarampion, ú otra epidemia reinante.

Nada despreciable es tampoco el número de las niñas que se educan ó dependen del *Colegio de la Paz*, pues se cuentan más de doscientas setenta colegialas, que rinden con su trabajo numerosas labores. Como cálculo aproximado, puede considerarse que fabrican un año con otro, de dos mil quinientos á tres mil pares de guantes de piel, cosen más de doscientas sábanas y tejen más de trescientos sombreros de paja. Ha habido año en que las varas de esterilla fina que se ha labrado pasaban de trescientas cincuenta, fabricándose además gorras, petacas, cintas caladas de paja, etc., etc. Los pares de calcetas de punto han llegado muchas veces á doscientas anuales, y contar las almohadas, los manteles y servilletas, las camisas, los pañuelos, las enaguas y guarniciones, las mantillas, etc., que se han cosido ó bordado, sería acumular aquí una respetable estadística.

Bastará, en fin, lo dicho, para demostrar que merecen ambos establecimientos la atención continuada del gobierno lo mismo que del público, pues Madrid moderno, con el grandioso ensanche que habrá recibido dentro de algunos años, exige nuevos y grandes edificios de beneficencia, con toda la elegancia, todas las comodidades que requieren los adelantos de la época, porque si consuela y satisface hoy el estado de esta clase de establecimientos, debemos desear por la honra del país que sean muy pronto colocados á la altura de los mejores de su clase en Europa. Mucho lo anhelamos para bienestar de los desgraciados y satisfacción de nacionales y extranjeros.

A ELISA,

MÍ ÚNICA HIJA, MUERTA A LA EDAD DE OCHO AÑOS.

Yo, de honda pena herido,
cerré sus ojos bellos; yo su boca,
de amores casto nido;
y la bendije, y la lloré... ¡Ay! de roca
dura es mi corazón, cuando en el pecho
ya, de tanto sufrir, no se ha deshecho.

Quedó mi dulce Elisa
como ángel que reposa en sueño blando;
inefable sonrisa
iba su rostro virginal bañando,
y su apacible frente inmaculada
ví de luz de los cielos coronada.

Entrambas manos yertas
cruzadas en el pecho las tenía;
teníalas abiertas
sobre una santa imagen de María,
á quien antes llamó, con fiel memoria,
de su sereno tránsito á la gloria.

¡Oh noble criatura!
¡Oh, de belleza y humildad modelo!
¡Oh flor modesta y pura!
Cuando rompió tu alma el flaco velo,
gimieron mis entrañas, muda al verte,
y por primera vez gimíó la muerte.

¡Oh madres, que en los brazos
arrullais, con cantar que al alma llega,
entrañables pedazos
de vuestro ser, y con ternura ciega!
decidme, ¿habrá en el mundo más rigores?
¿No es el mio el dolor de los dolores?

VENTURA RUIZ AGUILERA.

TANGER.

Un entendido oficial de nuestra armada nos ha proporcionado la vista de Tánger, que hallarán nuestros lectores en este número. Es un trabajo exacto y el que

mejor idea puede dar de esa importante ciudad, situada al otro lado del Estrecho, centro de las relaciones de Marruecos con las potencias europeas, emporio de su comercio exterior, y residencia del ministro de Estado marroquí y de los cónsules de las diversas naciones. Tánger tendrá hoy unos quince mil habitantes; calles estrechas y sucias, aunque mas amplias que las de Tetuan; algunas casas á la europea; un muelle magnífico pero destruido por los ingleses en 1684 y no reparado por los moros; la alcazaba residencia actual de Muley-el-Abbas; una gran mezquita y una vasta plaza ó Zoco. Ciudad amurallada en lo antiguo, conserva sus fortificaciones artilladas, aunque malas. Entre la primera y la segunda puerta de las murallas están las tiendas y fraguas de los armeros. Además del Zoco *Sraré* ó mercado interior, donde se reúnen todas las mercancías de los labradóres que buscan trabajo y los esclavos que van por agua á la fuente; está el Zoco de Barra en la parte exterior en la ladera de una colina donde los jueves y domingos se celebra una gran feria. Entre este Zoco y la muralla está el sepulcro del morabito Sidi Mecí, muerto en olor de santidad hace unos treinta años; mas allá del Zoco, en la cima de la colina se halla el *cahuar* ó *kehuar*, ó sea el cementerio de los musulmanes, y al otro lado una quebrada profunda que baja hácia el mar, conduce á una esplanada donde está el *mearrah* ó cementerio de los judíos. A su izquierda está el camino de los *embajadores*, llamada así porque toda persona encargada de alguna misión cerca del sultan entra por él en la ciudad.

Lo que hace mas importante á Tánger, además de ser el centro de la política exterior es su situación en el Estrecho. Por eso es objeto de la tierna solicitud de los ingleses, que teniendo en frente á Gibraltar, no quieren que nadie les dispute en la costa marroquí una influencia que podría ponerles en situación de cerrar el paso de uno á otro mar á sus enemigos.

EL SEÑOR PICCO.

En estos últimos días se ha presentado en la escena de la Zarzuela un artista que interesa, tanto por su habilidad que es mucha, como por su desgracia. Hablamos de Picco, que saca de un simple silbato de tres agujeros sonidos de ruiseñor.

Picco, ciego de nacimiento é hijo de unos pobres labradóres sardos, recibió del cielo en compensación una organización música admirable; y con ella pudo desde niño hacerse distinguir sacando de un instrumento tan defectuoso é incompleto como es el silbato, ó *zufoletto* como le llaman en su país, escalas de tres octavas y media, moduladas como los sonidos de un violín, y puras como los del mejor piano.

Picco se presentó por primera vez al público como concertista en la *Scala* de Milan, donde obtuvo un éxito brillante de sesenta representaciones en 1855. En el mismo año se presentó en Roma, donde la Academia llamada de Santa Cecilia le espidió el diploma de profesor de *tibia pastorale* y el título de académico honorario. Desde Roma pasó á Inglaterra, donde estuvo cuatro años, y donde alcanzó gran fama y proporcionó grandes ganancias á los empresarios; el año pasado se hizo oír en París, y este año hemos tenido el gusto de oírle en Madrid. Ponderar su habilidad y su ejecución, es imposible: los que no le hayan oído no podrían formarse idea de ellas: sobre todo en el *Carnaval de Venecia* la perfección de su desempeño es maravillosa. El público español como el extranjero ha hecho justicia á su mérito, y le ha colmado de aplausos.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

ESCUPIR AL CIELO.

CAPITULO III.

DE CÓMO LOS MOROS HIRIERON Á JUAN ROBLES, Y CARTA QUE DOLORES LE ESCRIBIÓ, EN CONTESTACION Á UNA SUYA.

El laurel de los siete siglos, que habia reverdecido con lozana pompa en la guerra de la Independencia española, á principios del presente, daba ahora coronas



PICCO.

para los héroes que vengaban en el imperio de Marruecos la funesta memoria del Guadalete. La voz de España ultrajada conmovió profundamente el corazón de todos sus hijos, y el labrador dejaba el arado, y el artesano el taller, y el estudiante los libros, para alistarse en los ejércitos nacionales, ó ayudar de alguna manera á sus hermanos. Las damas de la nobleza, las señoras de la clase media y las mujeres del pueblo, bordaban banderas, cosían vendajes, preparaban hilas, y todas las municipalidades, hasta las mas pequeñas, y todos los ciudadanos, hasta los indigentes, corrían á depositar grandes ofrendas ó el humilde óbolo en el altar de la patria.

Juan Robles, teniente en uno de los batallones que permanecieron en la península durante esta guerra, solicitó al principio de ella pasar á Africa, y obtenida la gracia, se halló en la mayor parte de las acciones y batallas que tanto levantaron el nombre español á los ojos de Europa, la cual injustamente nos consideraba como un pueblo degenerado é incapaz de sostener el brillo de nuestros antiguos blasones.

Dos causas habian principalmente influido en el ánimo de Juan Robles, para abandonar el sosiego y regalo de las ciudades, por las inquietudes y trabajos de una guerra, que ofrecía ser de esterminio, y en la que por consiguiente, no quedaba otro remedio que matar ó morir. Determinóle á ello, en primer lugar, su patriotismo, aguijoneado por su juvenil ardor que no le hubiera permitido ser indiferente á lo que, mas ó menos, á todos interesaba; y en segundo, su mucho amor á Dolores. Viéndose á los treinta años de edad tan poco adelantado en su carrera, por falta de ocasiones en que aventajarse, y de favor en la corte, y habiendo dado palabra de casamiento á Dolores, queria ser mas digno de su mano, aumentando con hazañas gloriosas los títulos para merecerla, al par que miraba por sus propios medros personales.

En cuanto á su conducta como militar, su buen juicio le hacia comprender sus deberes de una manera muy distinta del vulgo de los que las armas profesan. Creía él que un buen soldado no debe limitarse en ciertos casos al cumplimiento de las obligaciones *mecánicas*, digámoslo así, impuestas por la ordenanza; sino dar muestras de espíritu levantado y generoso, con el sacrificio de sus comodidades, y hasta el de su propia vida, si el bien, ó la comun salvación lo exigiesen; así como tampoco un médico cumple ese alto deber, que llamaré *moral*, si, afligida por una epidemia la población en que reside, no lleva á los enfermos los consuelos de la ciencia, bajo el pretesto de que no es facultativo titular, ni facultativo *igualado*.

Estos dos amores santos, el amor á la patria y el amor á la mujer, que, juntamente con el de la religion, son el origen de todo lo bello y de todo lo grande que existe en el mundo y honra á la humanidad, habian conducido, pues, á los campos africanos á Juan Robles, sirviéndole en ellos de consuelo y de guías.

Testigos fueron de su prudencia y conocimientos militares, así como de su ánimo esforzado y bizarría, se-

gun las circunstancias, todos sus compañeros, á quienes no dejó que podia servir de modelo, pero singular, soldados y oficiales en su respectiva esfera, se elevaron á una altura igual, rayando en heroicidad hasta donde le es dado á la naturaleza humana. En una de las mas furiosas batallas, recibió Juan Robles una herida grave de guma en el brazo izquierdo, y habiéndole hecho sobre el campo la primera cura, trasladáronle despues á uno de los hospitales que la caritativa ciudad de Málaga tenia dispuestos dentro de su recinto, para los defensores de nuestra honra y de nuestra grandeza, que las necesitasen.

Así que estuvo en disposición de tomar la pluma, escribió á Dolores la siguiente carta, contándole que ya ella tenia conocimiento de su estado por otro conducto:

«Dolores mia: me dicen de esa que, al recibir la noticia del pequeño contratiempo que aquí me tiene postrado, aunque alegre, en cuanto cabe que lo esté ausente de tí, caíste desmayada en brazos de tu mamá; y que, sin embargo de recobrar pronto el conocimiento, como desde mi venida á la guerra andabas delicada, con este motivo se ha agravado tu mal de tal suerte en pocos dias, que si tú misma no procuras vencerlo se convertirá tu tristeza en una verdadera enfermedad. No es esto lo que me prometiste. Lola. ¿Hubiera yo solicitado venir á la guerra, á sospechar que tu fortaleza sucumbiría al primer golpe contrario de la fortuna? Digo contrario, y digo mal, puesto que un accidente que ni siquiera merece la pena de mentarse, al paso que me acerca y eleva mas á tí, eres tesoro de mi corazón y alma de mi alma, me hace acreedor á la gratitud y al aplauso de la nación entera, cuyo amor y entusiasmo inagotables animan á los hijos suyos que en Africa pelean.

»Pongo en tu noticia que, á consecuencia de las últimas acciones en que me hallé, soy capitán graduado: ya ves que no puedo quejarme. ¡Cuántos y cuántos pobres, acaso con mas mérito que yo, no habrán conseguido ni la mitad del premio que á mí se me concede! Fuera de esto, Lolita, consuélote la idea de que mi desgracia, si tal nombre merece, no tiene punto de comparación con la de mil y mil infelices, que caían á mi lado, á quienes habia que socorrer al punto para que no espirasen allí mismo, separados de sus padres, de sus madres, de sus hermanos, de sus amigos, y en suelo extranjero, y que si conservan la vida será de milagro, quedando inútiles quizás para el resto de ella.

»Demos, pues, gracias á Dios, y tengamos confianza en él, que cuando este mal me ha enviado, no podría ser sino para bien; y pídele que me ponga bueno, para volver á embarcarme, y dar tras los enemigos de su nombre y del nombre español, que tradicionalmente aborrecen y detestan. Acuérdate mucho, mucho de tu

J. R.»

(Se continuará.)

1860.—VENTURA RUIZ AGUILERA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.
Entre cada dos mujeres media un mundo.



AVISO.—Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes, se servirán renovarlo si no quieren experimentar retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRINCEPE, 4.